

El caballero Minaya

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Francisco Moreno, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-044/07
I.S.B.N.: 84-935490-6-1

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa.

El caballero Minaya

FRANCISCO MORENO

maghenta
EDITORIAL

*A Marta y Arturo
como regalo de boda*

El 17 de septiembre del año 1111
cayó en domingo. Y ese día, en la
aún inconclusa catedral de Santiago
de Compostela, un niño de cinco
años fue coronado rey de Galicia.

1

MENENDO, SILVICULTOR

¡Parece mentira, hombre, parece mentira...!

Parece mentira que yo, estando como estoy al servicio directo del obispo de Compostela, en el último momento me haya quedado sin un buen sitio, en lo interior del templo, para ver los actos de la coronación. Y menos mal que, desde esta esquina de la plaza, al menos podremos ver bien la llegada del nuevo rey, ¿verdad, hermano?

¿Que no me conoces? Pues claro que no. Cómo me habrías de conocer, si a mí no me conoce nadie... Ya dijo Pentecostés que el humilde admira al grande, pero el grande ignora al humilde en su insignificancia. Bueno... ahora mismo no estoy seguro si fue Pentecostés el que dijo estas palabras certeras, o si fue algún otro sabio de la antigüedad pagana, pero tampoco importa demasiado, ¿no es verdad?

Tú, como todo el mundo, conoces a los que, por sus grandes hechos o los de sus abuelos, ven su nombre llevado de boca en boca, por las ferias y mercados, en las charlas de familia o en las conversaciones de tabernas y ventorros.

Conoces a los señores, a los que tienen bienes y sabiduría, poderío y riquezas. Pero ¿a mí? ¿cómo me habías de conocer!

No soy más que Menendo Galínez, un simple criado del obispo de Compostela. No tengo, como mi señor Gelmírez, grandes sucesos que me hayan dado renombre. Tampoco tengo bienes, como no sean los recuerdos de la infancia, cuando mi alma era tan pura que en el nombre de aquella pureza espero ser recibido por el Señor que a todos nos habrá de juzgar; que esto lo tengo ya puesto desde hace muchos, muchos años, en las manos de la Santa Madre de Jesús.

Ahora ya no soy, hermano, ¡la Divina Providencia se apiade de mí!, aquel niño inocente. Ahora soy un sucio pecador que no deja de ofender a Dios y a los hombres. Sobre todo los ofendo con mi pecado de por arriba, pero también los he ofendido en alguna ocasión... por abajo.

Así es. No sé si yo sería capaz de explicarte cómo he ofendido a Dios por abajo. Los pecados enormes necesitan ser descritos con palabras formidables, y mi boca es sencilla y pequeña. Más adelante, si la ocasión es propicia, tal vez pueda encontrar la forma de hacerlo, pero por ahora...

Por ahora, sólo puedo decirte que mis pecados de por arriba tienen un único nombre: el del vino. Sí, hermano, bebo tanto que comprendo que puedas llegar a despreciarme. Pero no deberías ser demasiado riguroso conmigo, no vaya a ser que también tú caigas en el pecado de la injusticia. No está en mis manos evitar mi yerro, porque soy un hombre débil, sencillo e ignorante. Eso lo sabe la Santa María *gratia plena*, y es bueno que también lo sepas tú. Pregúntate a ti mismo, como yo he hecho mil veces, si puede pecar el que no tiene la capacidad para dejar de hacerlo.

Seguramente tú has conocido a tu madre. Puede que aún la conserves, que tengas la dicha infinita de poder besarla, de ir con ella a las vísperas, de descargar tus penas en su pecho amoroso. Y si Dios ya ha querido llevarla a la gloria eterna, al menos te habrá dejado la riqueza inmensa del recuerdo de sus sonrisas y de su abrazo cálido. Yo nunca conocí a la mía: mi madre murió cuando yo aún no había aprendido a hablar. El Señor se la llevó, y no quiso dejarme tan siquiera la memoria de los ecos de su voz.

A mi padre, en cambio, no se lo llevó el Señor. Bueno, yo conservo, a pesar de todo, la esperanza de que en el último momento se hubiera arrepentido de sus pecados, porque era un hombre temeroso de Dios y muy fiel a la

Santa Madre Iglesia. Se vio obligado a pecar igual que me veo obligado a pecar yo. Él pecó para comer, y por eso el conde de Traba mandó que le cortaran la cabeza. Yo peco por beber, y por el momento estoy vivo, y a Dios le imploro que me conceda un instante final para el arrepentimiento.

El señor obispo..., sí, sí, el obispo de aquí, el mismo que está ahí dentro, en la catedral, a punto de coronar al nuevo rey. A ese sí que lo conoces, ¿verdad? A mí no, pero a Gelmírez, ¿quién no conoce a Gelmírez, eh? Bueno, pues te decía que el obispo Gelmírez estuvo durante algún tiempo, en aquellas épocas en que empecé a trabajar con él, muy interesado por mis padres. Después perdió la curiosidad, seguramente preocupado por cosas de más altos vuelos, pero al principio me hacía preguntas y comentarios que, lo reconozco, me producían cierta confusión.

—Menendo —me preguntó un día, mucho antes de lo del pecado de por abajo—, ¿qué le pasó a tu padre, hombre, con el conde de Traba, eh?

El obispo Gelmírez era entonces, y lo sigue siendo al día de hoy, una persona muy preocupada por las cosas de los demás; no importa que uno sea conde, reina o criado, que él siempre se interesará por todo.

A veces me pregunto si es normal esa capacidad suya para estar al tanto absolutamente de todo lo que ocurre, lo que ocurrió y lo que ocurrirá. Porque a mí, allá en el monasterio de Sobrado, me enseñaron los frailes que sólo Dios Nuestro Señor puede conocerlo todo, porque tiene la omnisciencia, que es como una..., no sé si se le puede llamar así..., como una enfermedad, de la que los humanos estamos libres. Pero el señor obispo tiene algunos de los síntomas de esa omnisciencia, porque sabe casi todo, y lo que no sabe, lo pregunta.

Lo que le había pasado a mi padre con el señor de Traba fue lo que le pasó a tantos otros: que lo encontraron cazando en tierras ajenas. Como mi padre y yo, que era por aquel entonces un rapaz muy pequeño, vivíamos por los montes que hay entre Iria, Caldas y Estrada, dedicados a la silvicultura, o sea, a recoger las cosas del monte para venderlas por las aldeas y pueblos, a veces (¡los inviernos son tan largos... y tan duros!) mi padre se veía obligado a cazar algo para poder subsistir. No cazaba mucho, lo indispensable, no voyas a creer, pero algo cazaba.

—¿Y tú piensas, Menendo —me preguntó el obispo, inclinando su frente hacia el suelo con humildad—, que las avecillas del cielo son propiedad de los señores de la tierra?

Pero yo, créeme que te hablo con el corazón en la mano, no sabía en estos casos qué contestar, porque para mí siempre ha sido un misterio la forma en la que se reparten las cosas de este mundo sus dueños. Y estas preguntas del obispo no contribuían precisamente a aclarar mis ideas. Porque el conde de Traba decía que sí, que las avecillas de su cielo, es decir, que las avecillas del cielo de sus tierras, eran suyas, y que el que las cazaba debía morir.

Yo, francamente, cuando se mezclan estas cosas del cielo y de la tierra, no soy capaz de aclarar mis propias ideas.

Bueno, yo no soy capaz de aclarar mis propias ideas casi nunca, como tal vez ya hayas visto o ya hayas creído percibir, porque no soy una persona lista. Sólo tengo claro que soy un gran pecador, pero creo que Nuestra Señora me tendrá preparada alguna solución para cuando llegue el momento del viaje definitivo, ese que mi padre ya hizo, y que algún día habrá de hacer también el señor de Traba, y que harás también tú, y yo, y... supongo, el obispo Gelmírez.

Digo esto del obispo, lo de supongo, porque sé bien que es una persona muy especial, y no estoy completamente seguro de que a él le alcancen las mismas limitaciones que a los demás seres humanos. Yo conozco cosas del obispo que con toda seguridad nadie más sabe o, como mucho, sabrán algunos pocos, tal vez el papa, quizá la reina...

No, Gelmírez no es una persona más, de las que nacen y mueren y desaparecen sin dejar en este mundo un rastro más perdurable que el que deja por el campo la vaca que pasta. Por eso no me atrevo a afirmar que él, como nosotros, haya de verse sometido al viaje de la muerte. A lo mejor se libra; para algo le habrá de servir tanta omnisciencia como tiene.

¿Tú no crees que en el mundo hay personas diferentes? No me refiero a personas un poco diferentes, porque hasta un pobre y torpe lego como yo puede ver que los humanos no somos iguales, al menos en nuestros cuerpos.

Me refiero a personas muy diferentes, a personas que a lo mejor ni siquiera son personas, no sé si me explico, porque es muy difícil para mí...

Yo creo que sí, que hay personas muy especiales, y pienso que Gelmírez es de esas personas, o no personas, o lo que sean. Dios Nuestro Señor me perdone a mí si digo una blasfemia, y a ti si la escuchas, pero a veces pienso que Gelmírez no tiene alma, o que tiene varias, o que, si tiene una sola, como nosotros, no es un alma normal y corriente, de las que se manchan por pecado y se lavan por confesión y penitencia. Tiene que tener un alma muy especial, a prueba de pecados, incluso de los de abajo.

¡Hay que ver qué cosas digo! ¡Que los veintiún compañeros de San Roberto de Molesme rueguen al Señor para que no me tenga en cuenta tanto atrevimiento! Ya ves, me gusta conversar contigo, y la lengua parece que se me aligera más de lo que es habitual en mí.

Bueno, no quiero entrar en filosofías, porque la filosofía, según me enseñó el monje preceptor del monasterio de Sobrado, es un camino de herejes. Dejemos a un lado el alma de Gelmírez, cuyas revueltas se me escapan. Mirándolo solamente como hombre, ahí sí que te lo digo, hermano, Gelmírez es grande.

Todos los que estamos a su servicio en el palacio episcopal lo respetamos y lo queremos por su recato y su sencillez. Por mucho a que nos obligue su servicio, nos dedicamos a él con alegría, casi con devoción, sin escatimar esfuerzos. Tanta es su gloria, que hace que los hombres nos olvidemos de nuestros pequeños afanes egoístas.

Esta misma mañana fue de mucho trajín. Yo me tuve que levantar al toque de maitines para ayudar en los trabajos de preparación del palacio episcopal; que si el vino, que si el pan, que si los cirios y las flores...

¡Cuánto trabajo hemos tenido! Y todos tan contentos.

Y el más contento, el propio obispo. No es para menos. Hoy va a consagrar a Don Alfonso Raimúndez como rey de Galicia, según las disposiciones que había hecho en vida su abuelo el rey Alfonso VI. Se ve que Gelmírez está orgulloso; no me extraña. El nuevo rey es un niño; nació en el año de Nuestro Señor de 1105 ó 1106, no sé exactamente en cuál de ellos, pero sí que ahora

tiene solamente cinco años de edad. Yo sería incapaz de decir si es nuevo rey o rey a secas, porque ya el año pasado lo declaró rey de Galicia el conde de Traba, en cuanto supo que don Alfonso VI se había ido, como tú y como yo, a rendir en las manos del Padre su último viaje.

¿Y qué me dices del ajetreo que hay por aquí? Compostela es una gran ciudad, creo que es la más importante del mundo, no sé si tú estarás de acuerdo en eso, pero yo lo digo porque se lo oí decir a Gelmírez. Como es tan grande, aquí no resultan raros los acontecimientos importantes. Pero el de hoy es más que importante. Han venido todos los condes de Galicia, muchos de León y alguno de Castilla. También está la reina doña Urraca, la hija del fallecido don Alfonso VI, que gloria haya, y que por sus buenas obras la merecerá sin la menor duda. Doña Urraca ha venido, casi más por madre que por princesa, a ver cómo el obispo Gelmírez consagra a su hijo en el trono de Galicia.

Dicen que doña Urraca es la mujer más bella de España, incluidas las moras; Dios me perdone, pero lo dicen. Yo no lo digo, ¿eh?, que yo no entiendo de bellezas de mujeres; sólo digo que lo he oído referir.

También comentan que se tomó más de un año para dar su sí a la coronación; se ve que no tenía mucha prisa, pero eso a mí me parece natural. Las cosas de los reyes son demasiado importantes y no se deben hacer de forma precipitada. El obispo se pasó todo el año algo molesto, porque él pensaba que la reina tendría que ser más rápida en dar su consentimiento, pero yo no sé quién estaría más atinado; si el obispo que quería rapidez, o si la reina que buscaba prudencia y reflexión.

Este es otro asunto en el que se mezclan las cosas del cielo y las de la tierra, y que me deja muy desconcertado, como sin saber con cuál de las dos verdades quedarme.

Igualmente se encuentra en Compostela aquel caballero Minaya, uno que había venido hace algunos años a las fiestas de Santiago, no sé si sabes quién es. Prefiero no hablar de él, porque por su culpa pequé por abajo. No sé a qué habrá venido, ni me importa, pero yo, por si acaso, voy a procurar estar bien lejos de ese forastero.

Y, por supuesto, no falta el conde de Traba. El conde de Traba también quería más rapidez en el tema de la coronación, como el obispo. Yo no le guardo rencor al conde, aunque dispuso la muerte de mi padre y lo hizo decapitar en Caldas en medio de la plaza.

A mí no me dejaron asistir a la ceremonia de la decapitación, y me mandaron a la iglesia de Caldas, porque decían que los niños no debían ver aquel espectáculo. El conde después fue bueno conmigo y se encargó personalmente de que yo entrara en el monasterio de Sobrado para ser niño oblato y hacer carrera eclesiástica. El conde de Traba hizo que mi vida mejorara mucho, y probablemente también la de mi padre, al menos si, como espero, tuvo un instante final para el arrepentimiento.

—Eres hijo del pecado, Menendo —me dijo el abad de Sobrado cuando ingresé en el monasterio—, pero has tenido la suerte infinita de que el señor conde se haya interesado por ti, y determinase que no todo aquel que procede del pecado haya de vivir en el pecado por el resto de sus días. Tú vivirás la vida pura de los que se dedican a servir al Señor. Tú no pecarás.

Pero se equivocaba el abad, Dios se apiade de mí por la intercesión de San Emeterio, San Celedonio y los dieciocho mártires de Zaragoza. Porque he vivido en el pecado mi vida entera, y no me cansaré de repetirlo; sí, hermano, déjame que lo diga una y otra vez, porque yo podré ser horrible pecador de por arriba y de por abajo, pero lo que no estoy dispuesto a hacer es a ser pecador de contumacia, ni a agravar mis culpas cometiendo otra más horrible aún: la de ignorarlas, la de despreciarlas, la de no tenerlas presentes. Habré de ser como el mártir San Vitores, que habiendo sido decapitado por insistir en predicar la palabra del Señor, andaba por los caminos con la cabeza bajo el brazo, diciendo, por ejemplo, *Pater noster qui est in coelis, sed libera nos a malo*, y otras razones aún más profundas de su teología admirable.

Sí, el abad se equivocaba cuando decía que yo no habría de pecar, aunque su equivocación naciese de la inocencia y bondad, no como los errores de los herejes, que nacen de las semillas de odio que el innumerable planta en sus corazones.

En fin, como ves, no falta nadie en la fiesta de la coronación. Todos están, y todos están alegres. Yo también, aunque no sé por qué. Te preguntarás, yo al menos me lo pregunto, qué más me dará a mí que coronen rey a uno o a otro, que lo hagan en Santiago de Compostela o en Toledo, ni que venga o no venga la reina o el conde.

Es verdad, todo ello me afecta muy poco, va muy poco conmigo, y sin embargo, noto dentro de mí, no sé por qué, ni cómo, ni por dónde, que participo de alguna manera en la gran fiesta, y que es una fiesta también mía. Tal vez el Señor Nuestro Dios, feliz como estará por el exacto cumplimiento de sus planes, irradie sobre la atmósfera toda de Galicia un aliento de su gloria infinita y de su infinita felicidad, y ese aliento, que yo respiro como lo respirarán los demás habitantes de Compostela y de las otras provincias de la Galicia toda, llene mi corazón con un mensaje de alegría divina, como si me estuviera contagiando de la omnisciencia. ¿Tú no la notas, esa sensación de alegría universal?

Esta felicidad inocente me recuerda las fiestas populares de mi niñez, cuando mi padre, en su nomadeo de silvicultor, iba por las aldeas, sobre todo en verano, vendiendo el carbón, las piñas y otros productos de su trabajo en los montes. Tengo un recuerdo especial de los días de mercado en Cuntis y en Ouzande, por la zona del monte Espiñeira. Todo el mundo parecía muy contento, y había vacas, cerdos y caballos; esos días comía cosas muy especiales, como lechuga, huevos o habas, cosas que no pude catar de manera normal y periódica hasta que entré en el monasterio.

Recuerdo una vez, bendita sea la Santa Madre del Señor, que pude comer gallina.

Fue en Barcala, a los pies de Monte Xesteira...; ¿en Barcala?...; bueno, si no fue en Barcala, fue en Carracedo, que siempre los he confundido. Nos llegamos mi padre y yo hasta un corral que a la entrada de la aldea hacía las veces de humilladero, y en el que no había más que un cura con media docena de vacas y veinte o treinta gallinas, todos congregados bajo la sombra sencilla de unas cuantas acacias.

—Hermanos —nos dijo—, arrodillaos a los pies del Señor, porque sólo por su deseo y divina voluntad habéis podido andar los caminos del monte sin sobresaltos. ¡Venga, venga, arrodillaos...!

Pero nosotros no sabíamos dónde estaba aquel Señor ante el que nos habíamos de arrodillar, porque el corral no tenía más que la hierba, las acacias y las modestas piedras con que se cercaba. Mi padre se dirigió al cura y, quitándose respetuosamente el bonete, le preguntó:

—¿Dónde habremos de arrodillarnos, señor cura, que aquí no se ven imágenes de madera ni cruces de piedra, ni parecen existir señales que indiquen dónde está el Señor Nuestro Dios?

—Allí donde deposites tu limosna para la Santa Madre Iglesia, allí está el Señor. El hombre de buena voluntad no tiene que andar mucho para encontrarse con Dios, ni necesita cruces ni ninguna otra señal de la Divina Presencia.

Y mi padre le entregó al cura un saqueto de piñas, diciéndole, al tiempo que se arrodillaba:

—Alabado sea Dios. Soy silvicultor y sólo poseo lo que, por deseo del Espíritu Santo, me da el bosque. Toma estas piñas, que no hago más que devolverle una parte pequeña de lo mucho que Él nos da a mi hijo y a mí en esas soledades del monte.

—Que el Señor te perdone, por esta limosna, todos tus pecados.

—Que Él se digne disculpar que no hayamos sido capaces de saber dónde teníamos que arrodillarnos —respondió mi padre, sin levantarse—. Somos personas de bien, pero nuestra sencillez no nos permite conocer de forma pronta los mensajes de Dios.

Resultó que aquel cura no sólo era cura, sino que compaginaba ese oficio con el de vendedor de ganado, y usaba el humilladero para recoger las limosnas de los caminantes y para vender algunos animales al que pudiera estar interesado. Yo mismo le ayudé a vender una vaca y seis o siete gallinas, mientras mi padre procuraba hacer su comercio entre las gentes del lugar.

A mí siempre me gustó el juego de comprar y de vender, y sobre todo el de discutir los precios, que me parece divertido y útil. No creas que he podido practicarle mucho, porque nunca he tenido el vicio de la posesión, que es el

que te hace andar en mercadeos, pero en el monasterio de Sobrado tuve que comprar a veces uvas para la comunidad, o vender vino, y el sochantre siempre me dijo que lo hacía muy bien.

Y, volviendo a la feria de Barcala y al tenderete del humilladero, te diré que al final de la jornada el cura nos invitó a cenar en su habitación, que era una dependencia aneja a la propia iglesia, y fue allí donde conocí por primera vez en mi vida el sabor de la gallina.

Todos los recuerdos que tengo de la cena que hicimos en la iglesia de Barcala se me vienen ahora a la memoria, porque noto que la alegría general que hay hoy en Compostela es muy parecida a aquella que yo tuve al comer el manjar exquisito que la gallina me pareció. Debe de ser, no sé qué pensarás tú, que las alegrías todas van a un mismo sitio o paraje del corazón, y que allí hacen juntanza y se confunden unas con otras, de forma que, cuando tenemos un goce, al llevarlo a ese territorio del corazón o del alma, nos reencontramos con los otros goces del pasado, que dormían donde los habíamos puesto.

Tengo para mí que estamos llamados a llevarnos a la vida eterna todos esos deleites depositados en nuestro interior, excluyendo naturalmente los deleites de pecado, tanto los de por arriba como los otros, y sobre todo los otros, y que la felicidad eterna va a estar hecha en gran parte con los goces propios de cada uno, que se podrán usar y usar a voluntad *per saecula saeculorum, amen*. Aunque supongo que la divina sabiduría y bondad del Salvador completarán el capital de goces de cada alma, para que no se repita en la vida celestial y perfecta el mal reparto de felicidades que, por plan divino, reina en la terrenal.

Y me ocurre que, cada vez que para mi pesar y pecado, bebo más vino que el que permiten las reglas que juré respetar, me veo en los cielos, repitiendo mi cena de gallina, con mi padre y el cura de Carracedo, o de Barcala, o de donde sea; y siempre nos acompañan más comensales celestes, que se llegan hasta nosotros, atraídos por el olor exquisito de la cena. Y así unas veces acude el eremita Paterno, casi siempre acompañado por Juan de Atarés, el anacoreta del cuerpo incorrupto. Y otras veces vienen sabios bíblicos, como Pentateuco o Zacarías; pero estos vienen menos, porque no habían

sido cristianos en vida, y en el cielo no deben de ser ni tan importantes ni tan felices como los otros.

A veces vienen también seres de aquí, como Gelmírez o el conde de Traba, pero eso sólo me ocurre cuando verdaderamente bebo demasiado.